

ORANDO CON LA PALABRA

(Pentecostés)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “ Paz a vosotros”. Y diciendo esto, es enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “ Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado , así también os envío yo”. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quiénes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

(Jn.20, 19-23)

El tiempo de Pascua culmina su ciclo con la fiesta de Pentecostés. Jesús se presenta a sus discípulos reunidos después de la Resurrección, pero sintiendo aún temor y desconcierto y les vuelve a ofrecer su paz. Los envía y exhala sobre ellos, la fuerza de su Espíritu.

Con la fiesta de Pentecostés, celebramos, agradecemos y actualizamos la presencia del Espíritu de Jesús entre nosotros. Es el aliento que sustenta la vida, la presencia que sana, que fortalece; el impulso que sigue suscitando en el corazón de las personas, luz, valentía, serenidad para caminar hacia ese otro mundo nuevo que soñamos.

En estos tiempos nuestros de incertidumbre y desencanto . En estos tiempos nuestros, de crisis y sombras, de voces que se alzan y procesos que se inician, de caminos gastados, futuros inciertos y sendas por estrenar, necesitamos reconocer y volver a invocar la presencia del Espíritu.

Por eso le repetimos que venga. Que descubramos su Presencia dentro y le dejemos actuar .Necesitamos que purifique y renueve el corazón y las entrañas del mundo , para que la VIDA pueda seguir fecundando la vida que gime dentro. Necesitamos que sea serenidad en nuestra vida inquieta, que sane heridas y soledades, que acoja el clamor de tantas necesidades, “que rompa el techo de la tierra” y renueve, encienda y alegre, las entrañas del mundo.

Que vivamos la fiesta de Pentecostés abriéndonos al Espíritu, acogiendo su acción para que se haga en nosotros, fuego, fortaleza, paz. Con su fuerza seremos testigos de la Palabra que dignifica y cuestiona, que libera y salva.

ORACIÓN

En nuestro caminar cotidiano,
hecho de luz y sombras
de desconciertos y esperanzas,
venimos a ti, Señor,
uniendo nuestras voces
a las de toda la tierra

para pedirte una vez más :

¡ Ven, Espíritu !
que nuestro mundo anda mal
y nosotros nos sentimos confusos
y en sombras.

¡Ven, Espíritu!
que caminamos envueltos
en un mundo herido
por la violencia y la injusticia,
por las fronteras y el poder.
Que nos sentimos impotentes
escuchando y compartiendo
el clamor de los refugiados,
de los humillados,
de los empobrecidos..

¡Ven Espíritu! y habítanos.
Entra en nuestra vida agitada
y, serénanos.
Que encontremos en ti, descanso.
Que tu presencia
armonice sentimientos y temores.
Que en tu serenidad,
encontremos lucidez
para contemplar la realidad
para reconocerla,
para acogerla y transformarla.

Necesitamos que tu fuego
vuelva a estremecer nuestro corazón
y encienda aquellas dimensiones de nuestro ser,
que se han quedado sin pasión, sin compasión,
sin utopía.

Que tu fuego nos haga sentir
la fuerza del amor primero,
del amor que, centrado en ti,
se hace mano amiga
y corazón compasivo para todos.

Necesitamos tu fuego que transforme

cualquier soledad
que aísla y endurece,
que hiela la sensibilidad
y ahoga la palabra y las sonrisas.
El fuego que nos recrea cada mañana,
que cicatriza heridas,
y nos hace sentirnos
amigos y compañeros del mundo.

¡Ven, Espíritu ;
y danos tu fortaleza.
Necesitamos que tu fuerza
nos ayude a romper rutina y monotonía,
prejuicios y esquemas inflexibles.
Que nos sacuda de la atonía
tejida de comodidad, individualismo
y seguridades.
Necesitamos tu fuerza
para superar dificultades,
para integrar pérdidas,
para mantener un corazón abierto y disponible
ante la incertidumbre del futuro,
para vivir el cada día con coherencia y fidelidad.

¡Ven Espíritu y danos tu paz!
Tu paz que sosiega, descansa,
que integra todo aquello
que aún es ruido, temor, inquietud.
Danos tu paz.
La paz que nace de acoger y aceptar
el propio misterio personal,
el misterio de los otros.
Que brota del respeto profundo
a los procesos personales y colectivos,
de la búsqueda compartida de la verdad,
del perdón experimentado y regalado.
Que tu Espíritu, Señor,
irrumpe sobre la tierra
renueve nuestra vida
y transforme el corazón del mundo.
Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

